

350  
agosto - diciembre  
2023

RU

revista UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA

220 años

Tantas razones para amarte

# Extractos de diarios de viajes

Juan Manuel Echavarría

Artista visual, fundacionpuntos@gmail.com

Escribí ficción durante años, me apasioné por el origen de las palabras, su cadencia, la metáfora... Pero en el umbral de mis 50 años naufragué con mi escritura. La palabra escrita me pidió que la dejara quieta y en silencio, que me alejara. La escuché.

Fue entonces cuando me llegó el regalo más contundente de mi vida: la cámara de fotografías. Ella me sacó de mi burbuja y rompió las cuatro paredes de mi estudio, me lanzó por caminos desconocidos, por trochas de tierra y barro que me abrieron valles y montañas, ríos y selvas, pueblos y caseríos afectados por la guerra. Me llevó a aprender con mis pies.

Estos caminos que continúan y continúan me volvieron a traer la palabra escrita. Esa palabra que no le permite a mi memoria diluirse en el agua o en el aire o en la nube azul que pasa y se va... Desde entonces, escribo diarios de viaje para no olvidar.

## Mayo 10-2005

Para llegar a Bojayá me subí, con Fernando Grisalez, a una pequeña avioneta en Medellín. Despuntaba el día. Unos cincuenta minutos después divisamos el río Atrato y en sus orillas, mirándose, Bellavista y Vigía del Fuerte, dos pueblos abrazados por una selva interminable.

Para aterrizar, la avioneta tuvo que dar varias vueltas sobre Vigía. La pista era la calle principal del pueblo, una calle de cascajo y tierra. Al escuchar la avioneta, los policías se alertaron y corrieron a sacar a los niños que jugaban, a la gente que caminaba. Algunos miraban hacia arriba, otros se metían en las casas y otros ayudaban a espantar los cerdos, los burros y los perros. Increíblemente, veíamos esto desde el aire.

Al aterrizar, la avioneta sufrió un cimbronazo tan fuerte que pensé que la osamenta de este pájaro no iba a aguantar... respiré profundo. Diego, el piloto, era un veterano de todas las guerras.

Noel y Vicente nos esperaban. En Vigía nos quedamos en la pensión de Doña Agripina, una señora muy amable. Las FARC, me contó Noel, secuestraron a su marido, un comerciante próspero de madera. La pensión era de tabla, a orillas del río Atrato, un lugar muy apacible.

Vicente nació en este pueblo. Fuimos a su casa después de dejar las maletas. Su familia, abierta y hospitalaria, nos esperaba con un desayuno con caldo de pescado.

Luego salimos para el puerto donde cogimos una panga para atravesar el Atrato y llegar a Bellavista. Comenzaba a resplandecer un sol intenso. Serían las nueve de la mañana. El cruce entre los dos pueblos dura muy poco tiempo. Con Noel y Vicente nos sentíamos seguros.

Al desembarcar en el muelle de Bellavista, Domingo nos estaba esperando con sus brazos abiertos y una sonrisa que alumbraba su cara... nos abrazamos. El pueblo parecía vacío y muy silencioso. A mano izquierda nos mostraron la Caja Agraria, destruida en el año 2000 por la guerrilla, más allá estaba la iglesia:

“Aquí fue donde cayó la pipeta de las FARC. Me tocó recoger a los muertos tres días después de la masacre. Murieron más de 70 personas. Los cuerpos se pudrían a la intemperie, me tuve que jartar una botella de ron. Al recogerlos, lloraba y cantaba”, nos dijo Domingo.

Al lado de la iglesia, la casa cural y el puesto de salud, ambos en ruinas, también sufrieron el impacto de la pipeta... después, el colegio de dos pisos y, más allá, la escuela... también en ruinas.

Continuamos... nos llevaron a Pueblo Nuevo, un barrio de pescadores a la orilla del río. Las casas de madera se anegaban siempre que crecía el río... “Una cantidad de muertos salió de este barrio”, nos contó Domingo. Hoy, todo abandonado.

Nos sentamos a orillas del Atrato a contemplarlo: su lomo ancho, café claro, bajaba profundo, lento. A finales del verano el río parecía somnoliento.

Vicente nos contó que desde el 97 hasta el 2002 era frecuente ver cabezas y pedazos de cuerpos bajar por el río. Ya entonces habían entrado los paramilitares. Noel añadió que, a veces, veía muertos amarrados, todos boca abajo y marcados con letras rojas, con un grafiti que decía: “no me toque”. Domingo, con su voz profunda, añadió: “no los podíamos recoger, si lo hacíamos nos mataban”.

En un momento vi un árbol muy alto, me levanté y le dije a Noel que me acompañara. Era una Bonga, su tronco inmenso perforaba el cielo. Noel me contó que a estos árboles los asocian con el diablo porque de noche se les escucha una música y asustan. Cerca de allí, me llevó a conocer el Marañón, un árbol de ramas extensas. Me contó que él le hablaba a este árbol, le contaba sus cosas. “Mi mamá me dijo que si uno le decía los secretos a un árbol, el árbol nunca se lo iba a contar a nadie, en cambio una persona sí...”.

Serían las dos de la tarde cuando llegamos a almorzar a la casa de Domingo. Su señora nos tenía un banquete: caldo de gallina criolla, arroz, plátano maduro, yuca y ñame. Lo disfrutamos y conversamos. Su casa al final del barrio Bella Luz, donde también vivía Noel antes de ser desterrado con su abuela y sus hermanos a Quibdó.

Ese primer día en Bellavista no podíamos dejar de visitar el cementerio. No estaba lejos del río. Las tumbas estaban entre un arbusto no muy alto que se llama Palma de Cristo, de hojas rojas. En el Chocó, me dijo Noel, es costumbre ver esta planta en los cementerios.

Las tumbas a ras de tierra, no había una que sobresaliera. Domingo nos fue mostrando las estacas de madera con los nombres de las personas que murieron en la masacre ese 2 de mayo del 2002. “No se sabe si debajo está la persona que es. Hubo mucha confusión cuando enterramos a los muertos”, nos dijo. Después nos mostró donde enterró a Lucy, la guerrillera de las FARC. No había una cruz, nada que señalara que allí había alguien. “La encontraron a la orilla del río y el alcalde me pidió que la viniera a enterrar: el hueco, una bolsa negra y nada más”.

De regreso a Vigía nos bañamos en el río. El día estuvo muy caliente, las aguas tibias nos acariciaban el cansancio. Entre las nubes caía el sol y yo, agradecido, pensaba en cómo Vicente, Noel y Domingo nos abrían las puertas para acercarnos y conocer desde adentro la tragedia que se vivió en estas comunidades tan lejanas y olvidadas por esa Colombia apática y anestesiada de donde yo vengo...

**El Desierto de La Candelaria, Boyacá.**

